



NUMERO SUELTO 15 CENTIMOS.

¡HOMBRES! ¡HOMBRES!

Hay vulgaridades que alcanzan honores de axiomas incontrovertibles, y una de ellas es la de que las ideas lo son todo y los hombres nada.

Creo, por el contrario, que de una idea mediana pueden sacarse grandes bienes cuando la desarrollan y la aplican hombres de rectos propósitos y gran inteligencia, y que una idea inmejorable puede no servir para nada si se encomienda su aplicación á hombres ineptos, por más que sean honrados y virtuosos hasta merecer la bienaventuranza eterna.

Entreguese á un profano el instrumento más perfeccionado, ó el Estradivarius más maravilloso. Por estar en manos de ellos no dejarán de ser lo que son, y sin embargo para nada servirán. Póngase en cambio un violín regular en manos de un buen músico, ó un instrumento deficiente de física en manos de un mecánico excelente, y éste lo hará funcionar á maravilla y aquel sacará melodías deliciosas.

Igual ocurre con las ideas; y si alguien lo dudara, habría que preguntarle cómo, siendo indiscutible la bondad de la republicana, habiéndole las circunstancias favorecido tanto, y contando con tantos adeptos, no ha podido imponerse en los últimos veinte años.

No, cien veces no; las ideas no lo son todo y los hombres nada; á esta creencia errónea débense muchos de los males que lamentamos, pues nos ha impedido fijarnos en que los hombres que han estado y están al frente de las fracciones republicanas carecen de las condiciones necesarias para hacer triunfar la República.

Y cuando alguien, como yo, ha querido poner de manifiesto las deficiencias de esos hombres, millares de voces se han alzado para gritarle en todos los tonos: «¡Nada de personalidades! ¡Combátase á las ideas y no á los hombres!» otra vulgaridad de á folio, pues no se concibe que en ningún terreno, pero en el democrático menos que en todos, sea permitido poner en las nubes al hombre político por sus actos loables y no lo sea combatirlo por los merecedores de censura. O el mérito es exclusivamente de las ideas, ó es suyo en parte. En el primer caso, ¿por qué elogiarlos cuando aciertan? Y en el segundo, ¿cómo no atacarlos cuando se equivocan?

«¡Hombres! ¡hombres!»—exclamaba yo hace dieciséis en un artículo que no me valió aplausos. Y «¡hombres, hombres!»—exclamó al cabo de ese tiempo, dirigiendo en vano mi mirada á todas partes, y desconociendo ya de que las ideas, por su sola virtualidad, sirven para imponerse en el momento oportuno.

Hombres, sí; que de nada sirve que el licor sea bueno, si la vasija que lo contiene no reúne las condiciones necesarias para conservarlo y mejorarlo.

JOSE NAKENS.

DISMINUCION DE LA FE

¿Que si he rabiado mucho durante la última semana santa al ver el fervor y la fe religiosa de los madrileños? ¡Qué! Todo lo contrario; he estado muy contento, pues me he afirmado en la idea de que la fe va de capa caída.

Mucha gente por las calles, eso sí, pero muy mala, muy alegre, entrando en una iglesia y saliendo de otra, y cada cual haciendo lo posible por disimular el dolor y la pena de que debía estar poseído.

Y al decir que andaba mucha gente por las calles, lejos de mí el dar á entender que vi desfilar menos por delante de la casa llamada del crimen en la calle de Fuencarral, ni por la de San Bernardo cuando se abrió aquel boquete tan tremendo; no; el pueblo madrileño acude siempre en masa á todos los sitios, actos y ceremonias que le ofrecen pretexto para distraerse.

Parecería natural, dado lo que en la semana santa se conmemora, que los creyentes anduvieran tristes, pesados, y hasta derramando alguna lagrimita que otra; ¿qué menos para tal duelo? Pero, nada; van como si fueran á una fiesta; como si no les importase un comino de lo que los congrega.

Dícese que en esos días el alma se recoge, se aparta de las cosas terrenas, y se baña en las fuentes célicas del amor y la fraternidad, donde se limpia de las inmundicias del odio y del interés mundano; yo creo que, á pesar de eso, el devoto más abstraído en la piedad respondería con una interjección poco cristiana ó con una botetada poco ortodoxa, al colega que le abollase el sombrero; y que daría gritos desatados llamando á la policía el que echara de menos el pañuelo ó el reloj, sin recordar que el Cristo cuya pasión y muerte lo conmueve, dijo que se le diese el manto al que nos quitase la capa.

Otra de las cosas que también me han regocijado mucho, ha sido ver que los periódicos no han dejado de publicarse el Jueves ni el Viernes Santo, y que hasta los que más alardean de católicos han dado extraordinarios, y algunos, como el de *La Unión Católica*, muy buenos en su parte material; del texto no hablo, porque no traspasa los límites de las vulgaridades de rúbrica.

No menos me ha encantado el leer el chaparrón de poesías que ha caído sobre casi todos los periódicos, alusivas á la muerte y pasión de Cristo; la última que leía era siempre la peor. No, y lo que es algunas iban amparadas por buenas firmas. Mas ni por esas. Se ve que la cosa no da ya de sí, que los ideales son otros, que hay que buscar la inspiración por distinto lado.

Algo de esto dice *La Epoca* en un notable artículo. Después de hacer constar, lamentándolo, que la fe disminuye, exclama:

«¿Cómo se ha operado en los hombres esa disminución de la fe, que en tantas almas es más bien aniquilamiento? ¿Quiénes son los responsables de ese gran dolor de nuestro siglo? De alguien sabemos que, sintiendo la nostalgia de creer, pide á Dios en sus meditaciones solitarias un milagro que lo rescite en nuestra creencia. ¿Quién se atreverá á culpar al incrédulo? ¿Quién arminará al despojado por haber sido víctima del despojo? ¿Qué culpa tiene el pobre tallo de que el viento destoje la flor que él ostentaba y de que el hielo y la escarcha hayan destruido los delicados pétalos? ¿Qué alma tendrá el vigor sobrehumano que es menester para resistir victoriosamente á todos los embates que combaten nuestra fe? La ciencia moderna, armada, como Minerva, de todas armas, la combate sin tregua ni descanso; la poesía y el arte la encarnecen; las costumbres se apartan de ella y la ironía y el análisis la despedazan sin piedad.

Aquella santa herencia, legada á nuestras almas por Dios mismo, la hemos defendido; la defendemos todavía; pero el asalto que resistimos es cada vez más fuerte y enconado, y, á decir verdad, sólo contado número de almas escogidas se abrazan denodadas al árbol de la Cruz.»

¿Qué más se puede decir, después de esto que dice el diario conservador y católico? Si el análisis y la ironía despedazan sin piedad á la religión, las costumbres se apartan de ella, el arte y la poesía la es-

carnecen, y la ciencia la ataca sin tregua ni descanso, ¿qué le queda? Cuatro beatos apollillados.

De aquí mi regocijo, que no es completo, sin embargo, porque las instituciones que fueron potentes, lo mismo religiosas que políticas, tienen al sentirse débiles grandes sacudimientos de aparente energía que pueden producir catástrofes sin cuento. La reacción mansa que lo va invadiendo hoy todo en España, reacción sin fe, mas por esta misma razón hipócrita y procaz, prepara y traerá días de luto y sangre.

Estemos apercibidos para aniquilarla en el momento que podamos, y, hasta tanto, congratulemos de que la fe se haya trasladado de los pechos á las bocas.

LOS SERMONES

De los pronunciados durante la última Semana Santa he leído y oído decir perrerías, porque yo, en buena hora lo diga, no he entrado en ninguna iglesia. Pullas al progreso, horrores contra Pilatos y Judas, indispensables actores sin los cuales las profecías no se habrían cumplido, y por lo tanto la redención no se hubiera hecho, y por ende el cielo no estaría abierto de par en par para todos, hasta para los apreciables bribones que se arrepienten de sus fechorías al tiempo de morir, sin duda convencidos de que después de finiquitados no van á poder continuarlas.

Sin ellos, sin Judas vendiendo á Cristo, sin Pilatos sentenciándole, y sin los sayones (¡ah! se me olvidaba; también para los sayones ha habido bastantes apóstrofes) que lo azotaron, lo abofetearon, le escupieron, etc., etc., no sé cómo se hubieran arreglado los creyentes para andar ahora en jolgorios piadosos durante una semana, ponerse la ropa nueva, atracarse de pescados y verduras á pretexto de que no podían comer carne, y darse en desquite una buena de cabrito y gallina después.

No sé tampoco de qué manera se hubieran arreglado sin ellos para deshollar su conciencia y ponerla en condiciones de servir de archivo á nuevas culpas (varias de ellas muy apetecibles y agradabilísimas), pues si Judas y Pilatos no hacen lo que hicieron, y la redención no se verifica, ¡adiós las gangas terrenas y divinas que nos ha traído!

A tener yo la dicha inmensa de creer en la revelación y todo lo subsiguiente, sospecho que acaso no pasara día sin dar las gracias á Pilatos y á Judas por haber contribuido tan principalmente á mi redención, y hasta me parece que dedicaría también un amable recuerdo á los sayones y demás comparsas de la sacra tragedia, pues sin ellos hubiera continuado siervo del demonio y esclavo de la carne. Pero tal como soy, un picaro descreído sin Dios ni ley, confieso humildemente que me tienen sin cuidado, lo mismo Judas y Pilatos, que los otros; y como, por otra parte, no vivo de eso y necesito trabajar mucho para no morir de hambre, de ahí mi criminal indiferencia por lo que no me va ni me viene.

Conste, de todos modos, que, á pesar de esta indiferencia criminal, que quizá me lleve un día á ejercer de cochifrito vitalicio allá en los dominios de Satanás (muy señor mío y dueño), no he dejado estos días de sentir cierta conmiseración por los infelices sayones y por Judas y Pilatos, y meditado mucho sobre la ingratitud humana, que paga siempre de la misma manera á sus bienhechores. Y que todos esos señores lo fueron para los cristianos, es cosa incuestionable. Claro es que, si ellos no lo hubieran hecho, lo habrían hecho otros, porque así estaba resuelto y

EL MOTIN



Sagasta no va ya por donde quiere, sino por donde Moret lo lleva.

Ayuntamiento de Madrid

lit. Tejido S. Madrid

profetizado; pero hubiera resultado completamente igual, y se requeriría todo á una cuestión de nombre. Cesen, pues, en sus diatribas los cristianos contra esos indispensables agentes de la redención; y así como han hecho santo el que antes era patíbulo afrentoso de la cruz por haber muerto Jesús en ella, creo que bien podrían dejarlos en paz al cabo de diecinueve siglos de tempestades y ultrajes; con tanta más razón, cuanto que acaso ellos no se enteren, por no llegar al infierno, donde hemos convenido que habitan, los ecos de las injurias que les lanzan desde la tierra, redimida con su modesta, pero indispensable cooperación.

¡LA BOLSA Ó LA VIDA!

En la diócesis de Astorga, por no sé qué privilegio se cobra para el prelado un original impuesto anual, de un cuartal de trigo por cabeza y por sujeto. Hacen de recaudadores los párrocos de los pueblos, que hasta establecen sus multas y sus misticos apremios. Con ser todos muy celosos en cobrar ese derecho, les moja á todos la oreja el *pater* de Finolledo. Este, viendo el otro día que algunos de sus ovejos no le pagaban sus cuotas y estaban en descubierto, se proveyó de escopeta, se arremangó los manteos, se fué á ver á los morosos, y empezó á tiros con ellos. A tres dejó mal heridos, y los demás emprendieron la fuga, para que el *pater* no los dejase allí secos. Para agente ejecutivo, no tiene ese cura precio; recaudadores como ese necesitaba el gobierno; porque, ó hacía que del fisco aumentarían los ingresos, ó en menos de cuatro días, poblaba los cementerios. ¡Qué adquisición ese *pater* para el sultán de Marruecos, si le diese la cobranza de tributos del Imperio, y con escopeta al hombro lo soltase por los cerros á cobrar contribuciones á tiros á los rifleños!

NUEVO ATROPELLO

Falleció en el mes de Diciembre en Cadaqués don Santiago Suarez Alvarez, libre pensador y masón de relevantes virtudes, que le conquistaron el afecto y respetos de todos sus convecinos; dejó dispuesto que se le enterrase civilmente; su esposa é hija acataron su voluntad, y, previa autorización del juez, la fúnebre comitiva se puso en marcha.

De repente aparecen los tres curas de la población solicitando acompañar y verificar su entierro como si fuera el del creyente más fervoroso. Niéganse á ello los amigos del finado; los clérigos se retiran, y el cortejo continua su marcha hasta la puerta del cementerio.

Se presenta el alcalde, y dispone que el cadáver quede en el camino mientras se busca una solución al conflicto, que fué la de llevarlo á la iglesia, y después de arrancar unas cintas que en forma de escuadra y compás adornaban el ataúd, conducirlo al cementerio católico.

¿Se ha castigado ese atropello? ¿Están siquiera en la cárcel el alcalde y el cura? ¡Quiá! No hay que pensar en eso en estos tiempos. Por lo demás, no deja de ser significativo este empeño que ponen ahora los curas en llevar á sus cementerios á los impíos y á los herejes, porque esto prueba el convencimiento íntimo que tienen de lo honrados y virtuosos que son.

¿Como, si no, se habían de atrever á mezclar sus restos con los de aquellos que murieron pertrechados de sacramento? La entrada de un hereje y de un impío en un cementerio católico, prueba explícitamente que los mismos curas saben ya, que para ser virtuoso y honrado, malita la falta que hace ser católico. Y esto, prescindiendo de lo del atropello, es una confesión preciosa.

DISPAROS

Blasco, el autor de *Los curas en camisa*, que ha venido á Madrid á celebrar banquetes, asistir á entierros, cantar las glorias del catolicismo, y de seguro á algo más práctico para él, ha hecho gemir las prensas (¡qué frase más cursi y más anticuada!), para decir á todos los españoles, que el banquete celebrado por los aragoneses residentes en esta capital, no era en obsequio suyo, sino que lo presidiría la Virgen del Pilar, para quien serían todos los honores.

A tanta fe en la Virgen, que no es más que una, aunque con diversas advocaciones, según le ha hecho notar *El Movimiento Católico*, únicamente pondré por comentario estos versos copiados de un libro del propio Blasco:

«Porque el parto le aproveche,
y pensando en que era el cuarto,
rezó la esposa de Arteché
á la Virgen de la Leche
y del Buen Parto.
Al poco tiempo parió;
el parto duró tres días;
la leche se le cortó...
y ¿hay quien cree en brujerías?
¡Pues yo no!»

El Heraldo de Caceres dice que se ha denunciado al dolegado de Hacienda que el marqués de Castro Serna no tributa por cuatro dehesas, que entre otras muchas fincas, posee; que el delegado no tramita el expediente, y que se amenaza con llevar á los tribunales al denunciador, que es el director del colegio.

Buena ocasión se le presenta al ministro del ramo para demostrar que viene con buenos propósitos; entérese del asunto, y si es cierta la denuncia, duro con el oculador y el delegado que lo ampara.

Un acto así, traería á la tributación mucha riqueza oculta.

Toda la prensa, ante la miseria que se ceba en las clases menesterosas de Andalucía, excita al gobierno á que les proporcione medios de vida.

Y en efecto, en cuanto el gobierno se entera de que en una población reina el hambre, le proporciona una compañía de Guardia civil que le quite el apetito.

Corre el rumor de haberse descubierto una importante irregularidad en las oficinas de un departamento marítimo.

Si se llega á confirmar,
de fijo queda probado
que el pi lo que se ha tragado
el dinero, ha sido el mar.

Se ha suicidado un pobre empleado de una compañía de ferrocarriles, por no poder atender con el mezquino sueldo que cobraba el sustento de su familia.

Cuando Moret se entera de esto, se dará prisa á activar el asunto de auxilios á las empresas ferroviarias, para evitar que los capitalistas extranjeros que las explotan se vean en igual caso.

Al dar cuenta un periódico católico de que los amigos que tiene en Valladolid el Sr. Gamazo tratan de regalarle una bandeja de oro, dice que ésta es el símbolo de una política que no tiene más objeto que pedir dinero.

Es verdad; pero también lo es que ese símbolo figura en todas las funciones religiosas de los católicos cuya política es la del colegio.

MANOJO DE FLORES MISTICAS

¡Pim! ¡pam! ¡pum! Se reparten bofetadas en el templo más grande de Tortosa. ¿Quiénes son los fogosos contendientes que el silencio del templo así trastornan? ¿Serán tal vez impíos sin conciencia sin Dios, ni ley y hasta sin buena ropa? —No, señor; son dos neos furibundos, gentes de posición, buenas personas, que en visitar iglesias y al obispo pasan del día las mejores horas. Pero aquí es carcunda, éste integrista, se han lanzado no sé qué chirigotas y la casa de Dios toman por suya, y se están propinando la gran soba. —¿En varesma, período de abstinencias, tener así la sangre tan fogosa? Ellos ayunarán seguramente pero, á decir verdad, no se les nota.

Y aquí una nota. Aunque perverso, impío, hereje contumaz, mala persona, ¡jamás, jamás, jamás! hubiera osado ir á una catedral á armar camorra.

Fueron los niños de un colegio del Ensanche de Barcelona á confesarse á la iglesia de la Concepción.

Uno de los confesores se entretuvo en dirigir á los muchachos preguntas tan pornográficas, que los pobres chicos salieron avergonzados.

Y no se limitó á eso, sino que, cubriéndolos con el

manteo, se permitió realizar actos indignos de mencionarse en un periódico.

El caso llegó á oídos de los padres de aquellas criaturas, y son muchos los que han jurado que sus hijos no volverán á un confesonario.

Nuestro querido colega *La Campana de Gracia*, que da la noticia, pide que castigue este escándalo quien deba y pueda.

Petición cándida. Estas fechorías no se castigan en España; las cubren todos con su manto protector, y las defienden hasta los republicanos; como hizo recientemente en Córdoba el ex-diputado D. Ángel Torres.

Todos nos lamentamos á cada instante de que en España no hay dinero, y es verdad; pero de algo estamos más escasos aun, y es de vergüenza.

El P. Juan, superior del colegio de Nuestra Señora en Sainte (Charente inferior-Francia) se ha instalado en una celda... de la cárcel, acusado de haber atentado al pu'or de varios de sus educando. El P. Juan era redactor de los *Anales Católicos*.

Ignoro si este cura y el de la *flor* anterior pertenecían á alguna Asociación de Padres de familias.

Al veterano *sacris* de Arhancón le hizo el cura entregar su dimisión, diciéndole una tarde: —«Amigo mío: una de dos: Te marchas ó te envío.» El pobre sacristán, que peina canas y apenas puede ya con las sotanas, dijo á su superior humildemente: —«¿He sido en mi d beres negligente? ¿He faltado siquiera una mañana para dar el repique de campana? ¿En tantos años de servicio, en tantos, se han visto sucis los benditos santos? —¡No es eso! —el *pater* dijo en tono grave, — más cada uno lo que se hace sabe; puedes en tu conciencia estar tranquilo, pero á pesar de todo, te jubilo.

Las hembras del lugar, murmuradoras que en charlar y charlar pasan las horas, propalan con su lengua viperina que tiene el reverendo una sobrina, y la piensa casar con un vecino á quien hará su *sacris* y sobrino. ¡Vaya usted á hacer caso de esas gentes y sus murmuraciones insolentes! Aunque fuese verdad esa impostura que lanzan á diario contra el cura, á sus murmuraciones pongan tasa; ¿no ven quo así se queda toda en casa?

Ante el tribunal de Amiens se ventila un pleito curioso.

La difunta marquesa de Plessis Bellier dejó al Papa un cuantioso legado, pero dicho tribunal ha anulado esa disposición testamentaria, alegando que «El Papa fué instituido como jefe de la Iglesia católica, y que en tal cualidad no tiene personalidad civil para recibir legados.»

Su Santidad no se conforma con esa jurisprudencia y reivindica la posesión de esa suma, que es bastante crecida. Hace bien en reclamarla, que bien la necesita para aliviar su triste situación. ¡Lástima que no pueda litigar como pobre por esa insignificante finquilla del Vaticano!

Pero podría regalarla, á mí, por ejemplo, y pleitear así más económicamente. Y tengo la seguridad de que yo la aceptaría reconocido. Por el Santo Padre estoy dispuesto á cualquier sacrificio.

Un muchacho de Tolosa fué cogido por la máquina de una fábrica, quedando en grave estado.

Se avisó á una Hermana de la caridad de las que asisten enfermos para que fuese á auxiliarse á su casa, y

—No puedo ir hasta mañana por la noche—respondió la sierva de Cristo; lo que equivalía á decir:—Que espere á morirse hasta mañana por la noche.

Contestación que aquí no censuramos, aunque no es muy cristiana que digamos, pues tiene una di-culpa esa beata: el herido es más pobre que una rata.

Los jesuitas de Burgos no pierden ocasión de hacer ej-reicios espirituales a pretexto de cualquier santo. Son los únicos que hacen; los corporales que se relacionan con el vil trabajo, no hay Dios ni san Ignacio que les haga apenar con ellos. Mientras haya quien siembre, si-gue y receja para sus personas, ¿qué les importa lo demás?

¿Y cómo se reirán para sus adentros cada vez que oigan decir que Dios condenó al hombre á ganarse el pan con el sudor de su frente!

BIBLIOGRAFIA

La leyenda del trovador, (libro original) por D. Jaime Martí y Miquel.

Las poesías que contiene este libro, son buenas. Hay en él algunas de estilo y corte moderno, pero la mayoría son leyendas, romances, cantigas y trovas de gran valor literario, escritas en fabla pura y castiza. Todo el libro, desde la dedicatoria en fabla al marqués de Viana, hasta el final, es digno de leerse.

Precio tres pesetas en las principales librerías.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.